

I IMAGINED CHOROGRAPHERIES

DE DION BLAKE

La relación existente entre nuestro entorno y nosotros mismos no debería ser desestimada. Nuestras identidades sociales y culturales están formadas por la historia de los espacios que habitamos. Construimos tangiblemente o cognitivamente un contexto espacial y, a su vez, los espacios que hemos construido o pensado terminan por dar forma a nuestra vida diaria: estimulan, constriñen y ordenan nuestras acciones individuales e interacciones sociales. Alrededor de esta premisa y del peso significativo del paisaje y del lugar, en cuanto a signos culturales, mi trabajo se ha desarrollado a lo largo de un periodo considerable. *Space* y *place* constituyen una fuente continua para el estudio y la inspiración.

Prácticamente todo paisaje es construido mediante la labor humana o mediante los modos de percepción. El paisaje no existe en sí mismo, sino en su relación con un sujeto individual o colectivo. En este sentido, la naturaleza



constructiva del paisaje se vuelve una fuente esencial para la indagación personal y social; un lugar privilegiado para la reflexión porque el paisaje nos habla, por encima de todo, del hombre. Más que representar nos corresponde leer e interpretar el entorno. Leer el paisaje e interpretar las formas 'paisajeras' significa aprender acerca del proyecto de la sociedad que ha creado estos espacios.

No obstante el problema comienza con la idea misma del paisaje. Es ambiguo y resbaladizo y sus significados se deslizan entre lo real y lo virtual. Es más, ¿cuáles son los límites del paisaje

hoy cuando hablamos de paisaje urbano, paisaje literario o paisaje político? Parece del todo imposible ofrecer una definición singular o exhaustiva del término, y desde luego no es mi intención en estos apuntes. Interesa más hablar sobre la comprensión contemporánea del paisaje y su sentido como una herramienta ideológica que modela nuestra manera de prever y de construir el mundo. Este rasgo puede ser detectado en áreas de clase, género, identidad nacional y en el ejercicio del poder colonial.

Siempre ha habido una relación llamativa entre nación, identidad nacional y paisaje. Esta asociación fue notable durante los periodos de ocupación colonial y la literatura producida entonces. La literatura participó activamente en la consolidación de la expansión extra-territorial y contribuyó al sentimiento de asentamiento. La literatura colonial y postcolonial está repleta de ejemplos de cómo, a través de la escritura y en la escritura, un sentido de pertenencia más fuerte y duradero que cualquier colonia fue forjado. Muchos autores han destacado la necesidad de los asentados de promulgar la convicción de unión a la nueva tierra, era fundamental convencerse de su integración y establecer algún tipo de derecho creíble. Este proceso de identificarse con la tierra mediante la escritura fue particularmente necesario en el África austral, donde un aislamiento auto impuesto disminuía las formas más naturales de asimilación.

Un estudio más profundo permite percatarse de que la literatura y la pintura de los pobladores de África fueron más medioambientales que filantrópicos. A través del amor profeso a la tierra y escribiendo acerca de ella los pobladores buscaban superar el sentimiento de exilio territorial en que se hallaban. Centrándose en el terreno y obviando a la gente, los escritores y pintores leales al proyecto colonial trataron de vaciar y limpiar el territorio de sus significados y su historia, aunque esto significaba excluirse de la sociedad africana. El discurso de la tierra vacua y la noción del espacio deshabitado siempre han jugado un papel importante durante el periodo colonial y justificado la expansión global de Europa. Y África quizás ha personificado el espacio impoluto y la imaginación blanca trató de mantenerlo así.

La naturaleza supuso una vía de escape del problema socio-racial. La estética del paisaje salvaje o *wilderness* ofrecía un refugio, una forma de ignorar los conflictos filantrópicos. Sin embargo dicha empresa no resultaba tan fácil. Para los primeros pobladores y sus escritores resultaba complejo describir la nueva tierra con su lenguaje. Un periodista surafricano escribió: “El paisaje no se deja escribir... no dispongo de un lenguaje para aquello que observo”. Así antes de poder describir, era necesario un proceso de aprendizaje para poder aprehender el entorno nuevo. La descripción ha sido central para el discurso colonial y las imágenes y descripciones empleadas nunca han sido ideológica ni cognitivamente neutras. Los escritores blancos tuvieron que encontrar maneras de leer y después describir la nueva tierra para poder hacerla familiar y reconfortante. Una topografía extraña e inhóspita fue transformada poco a poco en un espacio acogedor y representado como el hogar.